

REPRESENTACIONES DE REALIDAD, SUJETO FEMENINO,
COMUNIDAD Y RESISTENCIA EN *FUERZAS ESPECIALES* DE DIAMELA
ELTIT

*REPRESENTATIONS OF REALITY, FEMALE SUBJECT, COMMUNITY AND
RESISTANCE IN FUERZAS ESPECIALES BY DIAMELA ELTIT*

Patricia Espinosa H.
Pontificia Universidad Católica de Chile.
pcespinosa@gmail.com

RESUMEN

Fuerzas especiales de Diamela Eltit es un texto narrativo donde se plantea la existencia de un orden social orientado a la destrucción del sujeto popular quien se verá enfrentado a la utopía del cambio, sustentada en la fundación de un nuevo marco de acción. Se trata del surgimiento de una realidad virtual o hiperrealidad, vaciada de contenido comunicacional, que permite simulacralmente a los personajes, el acceso a la utopía. La hiperrealidad, sin embargo, opera como una prótesis vacua, incapaz de generar un relato reivindicatorio con efectos en la realidad, como alguna vez ofrecieran los mitos heroicos. Si el legado de la realidad utópica fue la concreción de un relato de resistencia heroica, la nueva situación marcará el fracaso de la narrativa utopista, ahora carcomida desde su propio interior por la falsa posibilidad de salida ofrecida por el acceso a la red.

PALABRAS CLAVE: Eltit, novela chilena, sujeto, comunidad, ciberespacio, resistencia.

ABSTRACT

Fuerzas especiales by Diamela Eltit is a narrative text that posits the existence of a social order oriented towards the destruction of the popular subject, who will face the utopia of change, sustained by the foundation of a new action frame. It is about the emergence of a virtual reality or hyperreality, devoid of communicational content, which allows the characters to access a simulated utopia. However, the hyperreality operates as an empty prosthesis, unable to generate a vindictory narrative with effects on reality, as heroic myths once offered. If the legacy of the utopian reality was the concretion of a heroic resistance

narrative, the new situation will mark the failure of the utopian narrative, now undermined from within by the false possibility of exit offered by the access to the network.

KEY WORDS: *Eltit*, Chilean novel, subject, community, cyberspace, resistance.

La obra que abordamos se constituye de veintiséis segmentos o tramos que dan cuenta del itinerario de vida de la protagonista que mantiene económicamente a su familia, a través de la prostitución, e interactúa con Omar y Lucho, sus únicos amigos. Esta mujer va más allá de la función que su condición de clase y familia le determina, ya que excede la dominación que se impone en su contexto familiar y social a través de la web, así dice: “Tengo que olvidarme del bloque, de los niños, de los dientes, de los cascos. Tengo que olvidarme de mí misma para entregarme en cuerpo y alma a la transparencia que irradia la pantalla” (Eltit 39). El personaje está consciente de su acceso a un territorio que se opone a la realidad material en la que vive. El deseo de la protagonista es que la pantalla de la computadora la distancie transitoriamente de su dolor.

La población en la que vive el personaje, constituida por bloques de departamentos que “parecen la superficie de un tiempo anacrónico” (Eltit 145), está situada en la periferia de una metrópolis y es sometida a la represión constante de las fuerzas policiales¹. Sus habitantes son constantemente vigilados y sometidos a la revisión de sus departamentos, como parte de un proceso de desarticulación social ejercido por el poder central del país. El pueblo, de tal manera, ha sido recluido a una población/territorio que opera como campo de concentración y que contribuye a la anulación de su fuerza. En última instancia, la narración nos enfrenta a la destrucción del sujeto popular, en tanto dispositivo colectivo. Eltit privilegia la figura de una mujer que se ve inserta en un itinerario de resistencia y toma de conciencia de tal resistencia en su conformación identitaria. De acuerdo a Luis Alberto Romero, la identidad es producto de dos procesos: “El primero es la transformación de la experiencia individual primaria en experiencia social compartida, decantada, traducida simbólicamente, olvidada, recordada, transmitida [...]. El segundo es la imbricación de estas experiencias individuales con los impulsos de los otros” (12). La protagonista de esta novela construye una identidad en resistencia, primero desde su experiencia individual y luego social. Este segundo nivel de su proceso identitario implica la interacción con los otros, en este caso, sus dos amigos, con los cuales comparte el temor y el deseo de resistencia a la violencia policial. La experiencia individual implicará el surgimiento de una experiencia colectiva que, naturalmente, nos llevaría a la afirmación de la existencia

¹ Macarena Areco cita a Jaime Lizama en la nota 3 de su artículo, respecto a los búnkeres urbanos y la segregación social, asociada a desplazamientos de los pobres hacia las periferias de la capital, parte fundamental de las políticas dictatoriales vividas en Chile. pp. 26-27.

de una comunidad. Desde la perspectiva de Esposito existe el presupuesto de que: “la comunidad es una ‘propiedad’ de los sujetos que une: un atributo, una determinación, un predicado que los califica como pertenecientes al mismo conjunto” (22), lo cual haría, “Sujetos de una entidad mayor” (23).

La protagonista es parte de una microcultura contrahegemónica, que resiste a la represión, cuya experiencia individual simbólicamente da cuenta de la derrota de una clase, la popular, sitiada y neutralizada por el acoso constante de las fuerzas policiales. Esta microcomunidad une, en principio, a la protagonista con Omar y Lucho, como sujetos de resistencia que les otorga la posibilidad de trascender la identidad de la derrota o de consolidarla. Es necesario destacar que este pequeño grupo, cuya existencia solo se valida en tanto se territorializa en la villa miseria, es amenazado con su disolución. La narradora señala que Omar pronto será asesinado y que Lucho oscila entre el dentro (los bloques) y el fuera (la ciudad), dos mundos difíciles de habitar (Eltit, 149). Sin embargo, respecto a su propia pertenencia, la narradora señala: “[...] yo soy totalmente bloque y voy a terminar fundida al cemento o convertida en un ladrillo de mala calidad [...]” (149-150). Solo ella, de tal manera, se arraiga plenamente al territorio poblacional y se manifiesta como una pieza más de la arquitectura, símbolo de una sobrevida, función de trascendencia que permitirá su no desaparición, pero al mismo tiempo la condena a permanecer por siempre asimilada al escenario de la derrota y silenciada, anulada en su función crítica, en su disconformidad ante la represión que azota a los habitantes de la marginalidad de la villa miseria.

La confrontación a la que se expondrán estos tres sujetos tendrá claramente como resultado la reafirmación de su posición menor, por tanto, su destrucción, sin embargo, desde la identidad del sujeto que se rebela y apuesta su vida a su derecho a la subversión. Desde este punto de vista, estos tres sujetos representan la vigencia de la utopía de cambio. La narración los distancia, en este sentido, del resto de los habitantes de su comunidad, la villa miseria, expuestos como sujetos inmovilizados, desarticulados como figuras de oposición, entregados al temor que impone la violencia del constante control policial.

Este grupo, unido por el deseo de resistencia, comparte, además, el ejercicio de la prostitución, actividad impuesta también por la lógica patriarcal que deviene del poder político que los acosa. Compartir la experiencia de dominación, como clase política y sujetos explotados, deriva entonces en una experiencia social, simbólicamente asimilable a emprender una batalla. El lugar elegido es el ciber, casamata que les permite realizar un desplazamiento doble. Por un lado, significar como sujetos insertos en la dominación, a través del ejercicio de la prostitución, mientras por el otro, crean el juego de video que les permitirá simbólicamente confrontarse al enemigo. El ciber como casamata implica un territorio de resistencia y un arma, el videojuego, para disputar un lugar y una determinada visibilización.

El volumen nos enfrenta a una zona urbana abandonada por las políticas de reparación social, pero al mismo tiempo acosada por ese propio orden. Esta concepción de un orden social segregador vincula el texto de Eltit con la narrativa chilena de corte testimonial, orientada a visibilizar la crisis del sujeto popular con el poder. La narrativa, de tal modo, opera como un registro de la degradación, exclusión, fragmentación, a la que es sometido el sujeto subalterno por el orden mayor. Es necesario señalar que este tipo de narrativa tiene un lugar menor en la tradición literaria chilena donde ha predominado y predomina una narrativa burguesa que invisibiliza la otredad o responsabiliza al propio sujeto popular de sus condiciones de invisibilidad, dejando, por lo mismo al subalterno desvinculado de una relación de dominación de clase. En el realismo social chileno que comienza a reinstalarse a partir del año 2000, es frecuente que el sujeto popular tenga como autoridad a un sujeto de su misma clase. Esto incide en la anulación de figuras de poder externas al contexto del sujeto popular, aun cuando el ejercicio del poder de tales entidades sea, específicamente, en el mundo popular. Lo anterior implica la proliferación de estereotipos que históricamente asocian al pobre con delincuencia, drogadicción, holgazanería y la desaparición de la figura del patrón, el oligarca, el jefe o figuras pertenecientes a la esfera política.

La narrativa de Eltit se inscribe precisamente en la vereda contraria, desde dentro del mundo popular, un mundo atrapado en la derrota, elaborando una itinerancia por sus modos de asumir tal derrota y elaborar fragmentariamente una resistencia que finalmente tendrá como resultado la reiteración de la derrota. *Fuerzas especiales* establece un marcado quiebre con la tradición del realismo social chileno del siglo XX, que se sostiene en la utopía de la subversión al orden dominante, estableciendo la posibilidad de triunfo del subalterno. Eltit nos expone un mundo dominado por el capitalismo, sin salida posible a las políticas de control orientadas a la anulación del sujeto popular y sus tácticas de resistencia. Sin embargo, al interior de esta visión decadentista o hiperrealista del orden político en el que vivimos, aún hay un pequeño sitio para levantar retazos de utopía. Se trataría de tal manera, de exponer, pese a las circunstancias más adversas, un deseo de cambio y de resistencia habitando el imaginario del sujeto popular. Los habitantes de la población viven en la pobreza y el abandono de toda forma de confrontación, han sido vencidos por el orden neoliberal; sin embargo, desde el interior del fracaso, surge una célula de resistencia que no posee programática, manifiesto ni discurso. La novela, incluso, resguarda hasta sus páginas finales el activismo de los tres personajes, quienes durante mucho tiempo estuvieron elaborando, diseñando el videojuego que les permitiría el ingreso a la batalla final. Por tanto, aquellos personajes a quienes vimos durante el transcurso narrativo como entidades pasivas en su derrota, subvierten radicalmente tal condición, emergiendo en el cierre de la novela, como pequeños héroes, poseedores incluso de un plan táctico y de una utopía que los redimirá no solo individualmente sino en términos de clase.

De igual modo, el nombre de la protagonista aparece borrado, sin embargo, su identidad es amplificada, permite la duplicación, la no especificidad, porque su historia es la de muchas. Es precisamente la figura femenina la privilegiada para dar a conocer su vida. En este sentido, podría decir que estamos ante un testimonio fictivo, donde la sujeto subordinada, relata una experiencia traumática y sus modos de resistencia, desde el punto de vista del partícipe y testigo. La narración expone un proceso de crisis social y de sujeto; ambos territorios, resultan sometidos a un proceso paulatino de extinción. En apariencias, la catástrofe expolia a la sujeto de toda utopía, sin embargo lo que ocurre, desde mi perspectiva, es un desplazamiento de ésta. En efecto, es el desplazamiento de la utopía lo que tiene lugar en esta novela. Desde el territorio material, el de la vida familiar, la casa, la población, hacia una utopía cuyo único lugar posible es al interior de la realidad virtual. Se trataría, por tanto, de una utopía virtual, que solo es capaz de operar o habitar, el espacio de la realidad virtual (véase: Carlos José Olaizola y Juan Carlos Mondragón). La utopía colectiva e individual ha sido desplazada al territorio virtual, requiriendo de un sujeto desmaterializado. Al respecto la protagonista señala: “Ya nos digitalizamos” (Eltit 165). La realidad virtual asume, así, el formato de video juego de defensa, creado por Omar y Lucho, perfeccionado por la protagonista. Es en este nuevo territorio, que representa lo real para los personajes, donde se producirá la confrontación con el poder, situación no lograda e impensable de realizar en el fuera del juego. Esto implica que, aun en la ficción, el deseo de resistencia se mantiene vigente, lo cual corrobora el desplazamiento de la utopía de resistencia, desde el fuera de la ficción al interior de la ficción: “Los sitios más profundos de las computadoras dan señas de un porvenir” (163).

Es relevante consignar que Eltit opta por una figura femenina en tanto símbolo del hostigamiento ejecutado por la ley patriarcal. Es una mujer que acoge rasgos de la heroicidad patriarcal, en tanto líder, sostén económico de su familia, entidad reflexiva. Es ella y no sus amigos-masculinos quien detenta el poder de la reflexión, del logos y, por tanto, la capacidad de generar tácticas de defensa. Se trata, a fin de cuentas, de un femenino que ejerce el comercio sexual, porque su único bien transable en el mercado patriarcal es su cuerpo. En el ciber accede a una de las experiencias más duras de su existencia, el sexo remunerado con los miembros del aparato represor. El personaje se inserta en la maquinaria económica capitalista a través de una labor asignada históricamente a las mujeres; por lo mismo, una labor despreciada por la propia institucionalidad patriarcal. Así el personaje dice: “Debo ir al ciber a cumplir con mi obligación” (Eltit, 35), que no naturaliza, sino que comprende como su única opción:

Resulta difícil afirmar o negar o mantenerme en un mediano equilibrio. Pero una parte de mí conoce las crispaciones del lulo² y sabe cómo manejarlo, sí, manejarlo con la misma pericia o desgano o rutina o ausencia con la que se alimenta a un animal doméstico [...] Eso significa el lulo, unos minutos que me reportan mil pesos, los mil pesos que recibo en monedas o en un billete doblado o arrugado, mil pesos que guardo y que llevo en mis cuentas. Pero existen días tenebrosos en los que no puedo asegurar nada. Ahora mismo, mientras el cierre rrrrr nos pone en marcha al lulo y a mí, no sé bien qué es lo que vale mil pesos, si el lulo o yo. Porque podría ser posible que el lulo costara mil pesos, no yo, no yo. Que yo costara menos de mil pesos (Eltit, 108-109).

La protagonista acepta que el órgano sexual masculino, metonimia del poder masculino, signifique dinero; sin embargo, rechaza que ella también tenga un precio, en su ser integral, como yo, un precio, incluso inferior, en términos de cifra, al valor de la penetración demandada por la demanda del sujeto masculino. Estas interrogantes revelan que, para la narradora, la prostitución es una práctica donde transa una parte de su ser, no su integridad. Las sesiones de sexo pagado que tiene en el ciber están sometidas a un tiempo, donde intenta disociarse, alejarse de aquella realidad y entregarse a la imagen de una mariposa que le entrega la pantalla de la computadora.

Así señala:

Llevo diez minutos exactos sentada arriba de un lulo que se clava adentro de mí como si recibiera el impacto de una sucesión de balas de alto calibre, una y otra, una detrás de otra, sentada, mirando la mariposa y su aleteo tecnológico, un aleteo falso, decorativo, mientras de manera creciente me duele, me molesta, me amenaza el lulo (Eltit 100).

El personaje está pendiente del tiempo destinado a la ocupación de su cuerpo penetrado que, desde su subjetividad, la aproxima a una figura crucificada, ametrallada, violentada, mientras disocia su visión hacia la mariposa “falsa” que surge en la pantalla. Esta categorización de la imagen, como ficción, nos permite confirmar que el personaje está plenamente consciente de la realidad simulada que le entrega el ciberespacio. La pantalla, por tanto, le ofrece una puerta de escape a la violencia cotidiana en la que se encuentra inserta. Así dice:

La mariposa fue solo una técnica que quise poner en práctica. La saqué de un sitio de sanación que aseguraba que el dolor no era exactamente real. Decía

² “Lulo”, en el lenguaje popular chileno, alude a un objeto que tiene forma cilíndrica. Por lo general se denomina lulo a la materia fecal o al órgano sexual masculino.

que el dolor no existía en sí mismo sino que formaba parte de la imaginación humana y que requería de un esfuerzo mental para ahuyentarlo [...] Por eso puse en la pantalla la mariposa. Fue una imagen que me pareció anestésica por su constante aleteo. Pensé que si me hacía una con sus alas podría evitarme a mí misma, huir, salirme de mí y dejarme afuera con todo el dolor por las clavadas del lulo. Pero la mariposa me falló porque lo que nunca pensé fue que la mariposa incentivaría mi dolor con sus alas que se movían amarillas tal como yo me muevo amarilla encima del lulo. No me imaginé que la mariposa iba a estimular mi dolor y la técnica resultaría un tremendo fracaso (Eltit 101).

El personaje pone en ejercicio un procedimiento para anestesiar el dolor, calmarlo transitoriamente, simular su no existencia. Su objetivo es unificarse con la imagen proyectada en la pantalla, dejando fuera el dolor, el exceso que la arraiga a la prostitución y, en definitiva, a su vida en la villa miseria. El personaje alude a un dolor corpóreo, devenido de la penetración sexual, incentivado por la imagen que la reproduce. La mariposa-imagen se espeja de tal modo con la protagonista, lo cual constata como efecto contrario al deseado. Esta vez el fracaso es doble, no solo la mujer es derrotada en sus expectativas, sino que el ciberespacio tampoco logra intervenir en el espacio de acá, en el territorio corpóreo de la protagonista. Esto implica que la red virtual posee un límite o incluso lo que podríamos denominar una falencia, resulta incapaz de modificar la representación de la realidad primera, es decir, el dolor, como significativo eje, del diario vivir de la protagonista. Este hecho permite constatar la coexistencia de dos realidades paralelas, pero autónomas, cuya única posibilidad de retroalimentación deriva de la posición de espectadora que se le impone al personaje. La virtualidad, por tanto, no logra compensar la falta que acontece en el mundo diario.

El personaje protagonista y todos aquellos que lo rodean están siendo permanentemente sometidos a un plan de exterminio, “Tienen la obligación de matarnos casualmente” (78). Por lo mismo, la protagonista desecha la confrontación con el enemigo y opta por volverse autora, agente, creadora de una realidad otra, la virtual. Es importante señalar que la protagonista ha sido despojada, incluso, del germen revolucionario colectivo. Sin embargo, aún habita en ella el deseo de resistencia, de desobediencia al patriarcalismo impuesto por el orden policial y por los hombres que pagan por usarla sexualmente. Su insubordinación mayor, ante la cercanía de la catástrofe total, es la creación de un lugar de resistencia, donde lo central es la defensa, no el triunfo. Así la protagonista dice:

Estamos en el ciber y tenemos hambre. Los tres. Tenemos hambre y nostalgia, hambre y miedo, hambre y temor ante la posibilidad de que lo poco que queda se venga abajo pero todavía nos queda una forma curiosa de odio profundo, incisivo, sin el menor atisbo de remordimiento” (Eltit 151).

El hambre que manifiesta el personaje, es una amenaza que se concreta, aludiendo a los cuerpos sometidos a una carencia vital que se une a la nostalgia, es decir, la aparición de un pasado, anterior a la invasión policial que prima en el presente de los personajes, y al temor, el miedo a la debacle total, a la ruina absoluta que, en última instancia, implica la desaparición de los tres personajes. A pesar de la tensión ante la cercanía de la catástrofe, la narradora señala la mantención del odio, “profundo”, y “sin el menor atisbo de remordimiento”; es decir, un odio hacia los sujetos que ejercen el control territorial, que carece de culpa. El odio, por tanto, opera como un exceso que carga de deseo a los personajes y les permite seguir viviendo; sin embargo, el odio es, al mismo tiempo, catalizador de la desesperanza en la protagonista, quien asume que el futuro próximo impondrá leyes tan radicales como “grotescas” (Eltit 160). Lo más distintivo de su discurso final es la afirmación de su visión de pasado que constata la exclusión, su deseo de futuro y la evidencia de un error en la planificación del poder que los acosa:

no sé cómo hemos resistido la marginación [...], pero cometieron un error [las fuerzas policiales] y en la próxima madrugada escucharemos los sonidos que distraen y abren un horizonte de esperanza, no un horizonte, no, una rendija pequeña de esperanza en la solidez de los bloques, en la verticalidad del cuarto piso, en la resistencia de las escaleras. No sé cómo definir lo que veo. No hay un sitio que me convenza totalmente o me seduzca totalmente al punto de entregarme a la contemplación (Eltit 162-163).

“Hemos resistido”, señala la protagonista, plural que involucra al grupo conformado con Omar y Lucho, pero que también al conglomerado que habita la villa miseria. La sobrevivencia en resistencia no significa en todo caso una ganancia que asegure el mañana; resistir, por tanto, es una acción diaria, cotidiana, que permite la sobrevida, momento a momento. El personaje, además, vincula la resistencia a la marginación, demostrando con ello que bien puede haber marginación sin oposición. Luego, la identificación del error del poder abre “una rendija pequeña de esperanza”, a la resistencia de la estructura habitacional que cobija a los derrotados y que metafóricamente representa a los propios desplazados. La autora se refiere a los “cuerpos bloques” (Eltit 163), aludiendo a los pobladores y sus espacios, metáfora que unifica sujeto y contexto, por tanto, la resistencia de uno implicará la del otro. Escenario que significa un grado de seguridad, aunque menor, pero que no logra seducir totalmente a la protagonista, es decir, desligarla de su accionar, entregándose a la esperanza de un pequeño triunfo. Así señala la narradora: “entiendo con un optimismo demente que tenemos otra oportunidad” (ibíd.), corroborando un atisbo de ganancia o beneficio, siempre menor, debido a que, como el propio texto lo señala, se trata de un contexto de guerra unilateral, donde los gestos más ínfimos del poder, las fuerzas especiales, son interpretados por los subalternos en resistencia, como indicadores del accionar del

poder. La protagonista elabora el juicio de reconocimiento de una nueva oportunidad, en un estado que reconoce como “optimismo demente”. Esto es, al interior de un segundo estado de marginación, no solo el de clase política sino ahora, la irracionalidad, puede surgir un juicio de realidad que promete beneficio para los excluidos.

La caída programada de la red, por las fuerzas policiales, coincide con el siguiente enunciado de la narradora: “Una parte de mí ya se ha cosificado” (ibíd.). La degradación es reconocida como su cosificación como sujeto mujer, sometida a la prostitución, usuaria pasiva del ciberespacio, y sujeto popular, sometida a la represión y anulación identitaria. Esta triple cosificación, devenida del orden patriarcal, resulta por el momento parcial, ya que siempre pulsa la amenaza de cosificación total. Es importante destacar que el personaje pareciera haber encontrado en la red una salida al orden represor, sin embargo, no es así. Aun cuando su principal conexión con el fuera de la villa miseria es mediante el ciberespacio, el volumen expone como un estado más de la degradación del personaje su condición de usuaria de tal red. Eltit nos muestra y denuncia al marginado desplazado desde la calle, el espacio que ha ocupado tradicionalmente para confrontar a la clase dominante, hacia un adentro particular, la realidad virtual, que no es más que un nuevo arrinconamiento o enclaustramiento, ya que el ciberespacio solo otorga una simulada identidad a sus usuarios. Así la narradora señala:

El ciber ha sido maravilloso con toda la familia, con mi mamá, mi hermana yo, pero no con mi papá, con él no, ni menos con los que ya no están con nosotros. El ciber es todo para mí, milagroso, gentil. Yo venero la neutralidad de la computadora que me protege hasta de los crujidos de mí misma: el cursor, el levísimo sonido del disco duro, la pantalla es completamente indescriptible y su borde, un poco maltratado, no me desanima porque su prestigio salta a borbotones en medio de una luz titilante. (Eltit 13-14).

Hacia el final del volumen, que coincide con el gran ataque de las fuerzas represoras, la narradora enuncia con determinación: “El Omar y yo somos ciber, no calle, no” (Eltit, 156). Lo anterior implica que la identidad ya no se conforma en el espacio colectivo, donde coincide la calle con la sujeto, o la unificación entre bloque y su condición de pobladora, sino que en el vínculo entre el ciber y la usuaria. Por lo mismo, las fuerzas represoras apelan a cortar el acceso al ciberespacio, accionar que no inhibe el despliegue del juego de video o juego de futuro, como se denomina este capítulo que cierra el libro. La narradora así dice: “Estamos parapetados en el ciber. Ya nos digitalizamos” (Eltit 165). Esto implica que ha ocurrido un tránsito doble. El primero, desde el realismo social hacia la ciencia ficción, específicamente la CFS o ciencia ficción social. El segundo tránsito es desde la condición de usuaria de la red a creadora, artífice y actante de “el primer video juego chileno [...]”. Movemos el cursor con maestría. Y entonces aparecemos en la pantalla con el título que diseñamos: ‘Pakos Kuliaos’” (ibíd.).

En este texto, la tecnología virtual, epítome de la globalización, sostenida en la utopía de la igualdad en el acceso a la información y comunicación, funciona como interfaz cosificada. Si la utopía moderna servía de energía para disputar el control de lo real, ahora, la utopía virtual remarca el sin lugar, el sin espacio, la inmaterialidad que disputar. Lo que la narración explora, en última instancia, es la relación entre la tecnología y los sujetos que el sistema considera desechables, ahondando en la posibilidad que aquello que se consideró una oportunidad, sea la trampa final. Aun así, la creación de una ficción es la única posibilidad para estos personajes de recuperar en parte su autonomía. En el borde de la desesperanza, Eltit pareciera querer reivindicar la creación rabiosa como una forma de combatir la derrota no así la muerte, ya que el actuar del enemigo se mantiene apegado permanentemente a un plan de exterminio. Sin embargo, en el juego, los tres personajes digitalizados, se representan como figuras heroicas. “Movemos el cursor con maestría”, señala la protagonista, remarcando que ahora sí tienen el control; queda manifiesto, entonces, que la función nuclear se intensifica y transforma a los personajes en guerreros. “Pakos kuliaos”³, el título que han otorgado al juego y a su narrativa, emerge como un enunciado de resistencia, un poderoso “Yo acuso”, emitido desde la desesperación ante la violencia sistémica, las bases mismas del orden y el control. Solo desde la hiperrealidad, en el territorio de la simulación que impone el juego, los personajes se exponen en abierta confrontación ante el enemigo.

Los personajes de este volumen carecen de armas; sin embargo, la narración inscribe, en paralelo a la voz de la protagonista, un narrador no identificado, cuya función es solamente enumerar diversos tipos de armas, desde las más primarias, los dardos (Eltit 31) y espadas falcatas (Eltit 32), a las más sofisticadas, *Redback* teledirigidas (Eltit 161) hasta las LRAD, dispositivos acústicos de largo alcance destinados a torturar mediante sonidos (ibíd.). La mención al tipo específico de arma es precedida por la forma verbal: “Había”, constatando un hecho pasado, ocurrido, al modo de una enumeración infinita, una lista, un catálogo obscuro, redundante, que permite el surgimiento de la posible función testimonio. De acuerdo a María Palmira Vélez:

³ En el habla oral y popular chilena, se denomina “pacos” a toda fuerza policial, así mismo “culiaos” es una atenuación de la palabra “culiados” y alude, con intención degradatoria ya que deviene de un paradigma patriarcal, a la condición de sujetos violados sexualmente. Eltit reemplaza la “c” por la “k”, uso frecuente en colectivos anarquistas cuya escritura se materializa en graffitis urbanos, textos publicados en el ciberespacio o gritos en la lucha callejera. La grafía contribuye a la politización del enunciado y la marcación de la desobediencia social y a la normativa ortográfica impuesta por la Real Academia Española (RAE).

Cada testimonio tendrá, además, un significado preciso dependiendo del tipo de sujeto que interactúa: mero espectador; o protagonista del hecho central de su vida que lo acompañará siempre y que, en algunos casos, le conducirá a un final trágico; o portador de un “pedazo de historia” que trabajosa y conscientemente se esfuerza en olvidar. Cuando la persona, cualquier persona, narra, no cuenta en principio exactamente lo que le pasó tal como era o siquiera lo vivió, sino que lo que hace es darle un significado; esto quiere decir que está seleccionando, consciente o inconscientemente, sus recuerdos o atravesándolos por experiencias posteriores a la narrada en una urdimbre de creencias, actitudes y valores de los que no puede desprenderse porque constituyen su propia identidad social. Para filtrar eso hay que ver cómo se une la experiencia individual con la realidad histórica, que es, por definición, social, colectiva (1787).

La voz opera desde la indeterminación del sujeto partícipe o testigo del pasado; su misión, en todo caso, es ser portavoz de un tramo histórico. La selección o recorte del pasado testimoniado tiene por función exponer una época donde se acumulaban armas diversas. El sentido de tal función testimonial es reforzar la existencia de un pasado de acumulación de armas que prefiguraban la inmovilización del sujeto popular del presente. El poder, históricamente, acumula armas para consolidar su guerra, sin que el sujeto popular sospechara tal procedimiento. Por lo mismo, la derrota del colectivo popular se ha hecho realidad. El testimonio fundamenta la derrota del presente, apunta a un origen, que se actualiza en el propio acto enunciativo, en tanto el poder se regenera armamentísticamente. En el presente narrativo, donde se sitúa la narradora, el poder es el que posee las armas, confirmando que desde siempre, éstas han sido parte de su estrategia de control. El enunciado “Había”, de tal manera, funda una temporalidad y una realidad centrada en la función metonímica, las armas convocan la violencia, la disolución de la clase popular, que opera como marco político, representación de la ley del opresor, pero también de la resistencia. En el relato de la protagonista, el sujeto popular ha sido desarmado, destruido como luchador social, reconvertido en sumiso excedente. De esta forma, la enumeración de armas, es la voz del poder que exhibe su armamento desde el ciberespacio al modo de una lista, un catálogo de imágenes-instrumentos de representación de la violencia. Ese catálogo infinito solo es posible de existir en la hipermemoria de la red, al modo de una amenaza siempre actualizable al potencial comunitario. Un atroz contrapunto que refuerza la desposesión a la que se enfrenta el sujeto popular en su presente, su nula posibilidad de defensa en lo real y de lo real. Porque es precisamente el simulacro de testimonio, en tanto emerge desde lo virtual, la manifestación de un marco global de destrucción masiva al que se enfrenta ahora el colectivo popular. Por tanto, la amenaza no es solo el ataque constante de las fuerzas policiales sino un excedente, el del territorio global, que llega por la red, demostrando un desfase político. En el presente, las armas son la realidad a la que se

enfrentan en el diario vivir los sujetos de la villa miseria, pero también la amenaza virtual que les entrega el ciberespacio.

En *Fuerzas especiales*, así como en la totalidad de su amplia obra, Diamela Eltit se apropia y desmonta las discursividades hegemónicas y subalternas, con una potencia crítica única en la literatura chilena. En esta ocasión, asistimos a la escenificación del poder y sus prácticas de modelización en contextos dictatoriales o neoliberales así como a la derrota del sujeto popular. Es necesario remarcar la indudable persistencia y coherencia de Diamela Eltit en su esfuerzo por generar una reflexión literaria en torno a los sistemas de dominio y los modos de resistencia al interior de una historia que para las clases populares siempre puede leerse como una catástrofe. Esto permite derivar que simbólicamente, la novela nos enfrenta a una ficción que representa la condición actual del sujeto popular diezmado y por tanto desconfiado, ante y por las políticas neoliberales. Este sujeto popular, derrotado, atomizado por los sistemas de control, mutilado en sus posibilidades de articulación comunitaria, generaría una táctica oposicional al interior de una conciencia de la derrota como estado permanente. Sin embargo, aún es posible que este fragmentario encantamiento, sea interpretado como una utopía hipertélica, en tanto esta utopía iría más allá de sus fines. En este caso, lo que está en juego no es consolidar el deseo que sostiene la utopía misma, el cambio en las condiciones de represión que experimentan los sujetos del mundo popular, sino la expresión misma del deseo. Entonces, ganarle al enemigo o sobrevivir, ya que lo más probable es que los personajes mueran en la confrontación, es desplazado como objetivo. Lo que en última instancia propondría el relato, sería la oportunidad de mantener en alto la resistencia y la confrontación, la capacidad de deseo de resistencia, ante un conflicto permanente, más allá de la derrota, como único destino, que se impone a los sujetos del mundo popular.

BIBLIOGRAFÍA

- Areco, Macarena. "Ciudad, espacio y ciberespacio en la ciencia ficción chilena reciente: Tres versiones del laberinto". *Acta Literaria* 37, (2008, II Sem): 25-42.
- Eltit, Diamela. *Fuerzas especiales*. Santiago: Planeta, 2013.
- Esposito, Roberto. *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Olaizola, Carlos José. "Las nuevas utopías. La construcción del espacio virtual". *Pharos* vol. 13, °1, (2006): 33-40.
- Mondragón, Juan Carlos. "La utopía virtual". *América: Cahiers du CRICCAL* 32, 20 *Utopies en Amérique latine*. (2000): 113-128.
- Romero, Luis Alberto. "Los sectores populares urbanos como sujetos históricos". *Revista Última Década* 7 (1997):12.

Vélez, María Palmira. “Memoria y testimonio en la historia reciente de Latinoamérica y España”. XIV Encuentro de latinoamericanistas españoles. <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00531297> [revisado 3 de agosto, 2017]